

Abril 13 del 2020

Día Treinta y Dos. (Palabras estéticas)

– Por Cristian Zaelzer.

Tengo como treinta palabras grandes en el cerebro.
Desparramás en el suelo,
esperando a que las recoja y les de algún sentido.
Ruidosas cuchichean.

Las tengo listas pa' empujarlas fuera de mi cabeza,
a un pedazo de hoja electrónica,
a una cadena de texto.

Como redoble de tambores,
en un programa matinal picante.
como redoble de tambores,
en circo sin gente.

Listas, listas, hasta que, de súbito,
sin mala intención,
con tu sonrisa adorable,
me preguntas si he visto a Hugo mirarse la cola.

Justo cuando las palabras están medias agolpás,
listas pa' salir,
listas pa' sentarse en filas y orientaciones,
listas pa' contarse esa gran historia.

Cuando escribía el gran finale,
ese que me iba a asegurar un Pulitzer en los cuentos de la cuadra,
o el festival del jurel.

Me interrumpes,
con preguntas inocentes.

Yo miro la pantalla,
me miro las manos,
me apretó el cuello,
me abofeteo la cara,
y sonrió de vuelta mientras las palabras gritan en caos
yéndose al hoyo.

Tan frágiles que son en estos días,
no hay forma que las contenga.
Corren histéricas las desgraciadas,

como si el mundo se estuviese acabando,
sacan cuchillos y se abalanzan las unos en las otras,
y se asesinan como comedia rancia y absurda.

Yo me quedó seco.
Tu sonrisa mira mi mirada vacía.
Me contengo para entender que mierda me preguntaste.
No tengo idea de dónde estoy en este momento.
Hay un mono en mi cerebro golpeando unos platillos.
Debo tener cara de psicópata que esconde la pistola mientras humea.

“Si, nanaicito”
balbuceo.
Y las putas palabras siguen gritando mientras corren alejándose del dulce tiroteo.
Allí en el suelo,
asesinadas, ensangrentadas, despanzurradas,
sin coherencia alguna.
Mirándose con ojos vacíos,
perdidas en sentido,
se me quedan las palabras desechas.

Mis palabras son todo menos estables,
yo creo que nacieron con el cerebro reventado.
Si no las guías se vuelven sicópatas,
y se desinflan.

Como dice Joyce,
“el enemigo de la escritura es la interrupción.”
¿Y cómo diablos no voy a tener interrupciones si estoy en la misma casa?
Estas cuarentenas que no son cuarenta
¿Quién diablos le puso cuarentena a catorce días?
Chistocito,
como si fuese a durar catorce.
¡Ya van treinta y dos!
¡treinta y dos días de cuarentena que de cuarenta no tiene nada!
Y yo atorao con las palabras.
Bueno,
en realidad atorado con palabras masacradas.
Ja, ja, ja, ja.

A veces,
cuando aún están vivas,
son como susurros de cosas que son sabías.
Que ridículo que yo me crea ese cuento,
de que algo interesante y profundo pueda salir de tanta masacre en mi cerebro.
A veces son más bien grititos,
entre que felices,
entre que llorones,

entre que flojos,
entre que hueones.

Y la cosa es que son solo palabras,
y putas que me gustan con todos sus sabores,
sus olores a pescado,
o a frambuesas,
sus colores de caramelo,
o de carne fresca.

¡Pero me interrumpen!
Así que no salen,
y el cerebro se me pone medio estético.
Como que inflamao,
de tanta palabra seca junta.
No es bueno pa' la digestión que a uno se le junten las ideas.
Luego cuesta sacarlas,
y medias duras se ponen.
¿Será por eso que a los habladores les hablan de verborrea?

Así que aquí estoy,
empujando con ganas pa' que las palabras salgan.
Estoy seguro de que más de alguno ha arrugado la nariz.
¡Pero no me interrumpan!
Que si no me salen ahora,
luego voy a tener dolor de caeza.

Cierro la puerta,
“toy ocupao,”
y no me dura ni un minuto,
porque igual quiero darte un abrazo.
Con palabras estéticas y todo,
¿qué haría sin tus interrupciones?